

“tiempo de detención que había experimentado para el dibujo, encontraba en mi ignorancia del cálculo la causa de las lagunas que existían en mi enseñanza. Yo constataba, en efecto, que para cada una de las diferentes formas, el niño no puede representarse las partes separables de ella sin saber contarlas, de tal suerte que, si él no concibe claramente que, por ejemplo, el número 4 se compone de cuatro unidades, le es imposible comprender cómo una figura única puede ser dividida en cuatro partes.

“Así la claridad cada día creciente á que me conducía el estudio particular del dibujo y que yo adquiría *por mí mismo*, desarrolló en mí la convicción de que el método, por su acción sobre la inteligencia, suscita y fortifica de una manera general en los niños la facultad de progresar *por sí mismos*, y que él constituye en realidad como un volante que no hay más que impeler para que continúe su curso *por sí mismo*. Yo no fui el único que juzgara así. Cientos de personas han venido y dicho: “Esto debe salir bien.” Campesinos y campesinas han dicho: “Esto puedo aplicarlo yo mismo en casa con mis niños.” Y ellos tenían razón.

“El método entero es un juego para el que tiene en la mano el hilo de los primeros elementos, que le preserva de extraviarse más tarde en los desvíos, que son los únicos obstáculos que dificultan la educación del género humano. En efecto, ellos desfigurán los gérmenes de la educación que existen en nosotros mismos; ellos nos apartan de la

“naturaleza, que no nos exige nada que no sea fácil, con tal que lo tomemos de su mano y lo busquemos por el buen camino.

“Yo no tengo más que una palabra que agregar: el conocimiento del método me ha devuelto, en gran parte, la serenidad y la fuerza de mi juventud; él ha hecho vivir, para mí y para la humanidad, esperanzas que, desde mucho tiempo ha y hasta entonces, consideraba como sueños, y que yo rechazaba contra todas las aspiraciones de mi corazón.”

CARTA IV.

AMIGO, tú conoces ahora á los hombres que al presente son mis colaboradores. Pero yo no los tenía al principio de mi mansión en Burgdorf, ni aun los busqué en esa época. Yo me encontraba desde mi partida de Stanz en un estado de pavor y de cansancio que las ideas mismas que se referían á mis antiguos planes de educación popular comenzaban á borrarse de mi espíritu, y que yo estuve tentado de limitar simplemente mi ambición á obtener algunas mejoras de detalle en el miserable estado de nuestras escuelas. Si he vuelto á entrar en la única vía en que es posible la realización de mis antiguos proyectos, lo debo únicamente á la necesidad y á la circunstancia de que ni aun pude alcanzar esas me-

jas. Yo pasé entretanto meses enteros trabajando en los límites restringidos en que esa postración de mi ser me había hecho encerrarme. Era la mía una situación singular; con mi ignorancia y mi inexperiencia, pero también con mi facultad de comprensión y mi sencillez, yo era á la vez y en el mismo momento él último de los últimos maestros de escuela y el reformador de la enseñanza. Y lo era en una época en que, después de Rousseau y Baskin, la mitad del globo estaba en movimiento para obtener esa reforma. Yo no sabía, en verdad, ni una sílaba de lo que hacían y decían todos esos hombres; yo veía sólo que los grados superiores de la enseñanza, ó más bien la enseñanza superior, alcanzaba aquí y allá una perfección cuyo brillo deslumbraba mi ignorancia, como la luz del día deslumbraba á un murciélago. Yo encontraba aún que los grados medios de la instrucción sobrepasaban y mucho la esfera de mis nocimientos, y hasta veía estudiados, de una y otra parte, con la aplicación y la constancia de la hormiga, los puntos más elementales de esa enseñanza, y de ninguna manera podía desconocer el mérito y los resultados de esos trabajos.

Pero cuando yo abarcaba con la vista el estado general de la enseñanza, ó por mejor decir, la enseñanza considerada en su conjunto y en sus relaciones con la masa de los individuos que tenían necesidad de ser educados, me parecía que lo poco que yo podía hacer en toda mi ignorancia era aún infinitamente superior á lo que veía hacer á ese respecto en favor del pueblo. Mientras más observa-

ba á ese pueblo, más encontraba que el poderoso río que parece correr para él en los libros se evapora, en la aldea y en el salón de la escuela, en una niebla oscura y húmeda que no lo moja ni lo deja á secas, y que no tiene para él las ventajas del día ni las de la noche.

Yo no podía ocultarme que la enseñanza de la escuela, tal como la veía practicada, no tiene ningún valor para la gran generalidad de los hombres y para las clases inferiores de la sociedad.

Tal como la conocía, ella me parecía como una gran casa cuyo piso superior está decorado con un arte exquisito y consumado, pero que es habitado sólo por un pequeño número de hombres. El del medio tiene ya un gran número de habitantes; pero no tiene escaleras que les permitan subir, como hombres, al piso superior, y si ellos manifiestan deseos de trepar á la manera de los animales, se les corta provisoriamente un brazo ó una pierna para impedirselo. En el piso bajo habita un rebaño innumerable de seres humanos, los que poseen absolutamente el mismo derecho que los del superior á la luz del sol y á la salubridad de la atmósfera; sin embargo, no se contentan con abandonarlos á sí mismos en las cuevas sin ventanas, oscuras y asquerosas: cuando ellos se atreven solamente á levantar la cabeza para arrojar una mirada hacia los esplendores del piso superior, se les horadan brutalmente los ojos.

Amigo, esa manera de ver las cosas me condujo naturalmente á la convicción de que había urgencia y necesidad no solamente de aplicar paliativos,

sino de curar radicalmente ese mal escolar que hace de la mayor parte de los europeos otros tantos eunucos. Un paliativo en un caso semejante se convertiría fácilmente en un veneno cuya segunda dosis doblaría seguramente los efectos de la primera, en vez de detenerlos. Sin embargo, yo comencé á sentir, y ese sentimiento se desarrolló más y más, que es imposible remediar en grande y de una manera durable los males de la escuela, si no se llega á someter la forma mecánica de toda enseñanza á las leyes eternas que sigue el espíritu humano para elevarse de impresiones puramente sensibles á concepciones claras.

Ese sentimiento que, como lo he dicho, cada día se me imponía más, me condujo á pié llano á consideraciones que abrazaban en su conjunto el dominio de la educación. Mi disposición de ánimo me hacía asemejarme á un ratón que tiene miedo del gato y que no osa ya sino á penas arrojar una mirada fuera de su cueva. Sin embargo, yo debí reconocer que el estrecho semiplan que mi desaliento actual me dictaba no sólo no podía dar ninguna satisfacción suficiente á las exigencias de la escuela, sino que podía aquí y allá, en las circunstancias que fácilmente podían sobrevenir, tener por resultado el hacer engullir á los pobres niños una nueva dosis de opio, que vendría á agregarse á la dosis habitual que ellos absorben tan á menudo entre las cuatro paredes de la escuela.

Pero también, sin temer tanto, estaba yo cada día más descontento de la nada y del vacío de mi acción aislada de maestro. Y en mis esfuerzos me pa-

recía realmente encontrarme en la situación de un marino que, habiendo perdido su harpón, quiso ensayar el pescar ballenas con el anzuelo. Naturalmente no pudo conseguirlo. Él debió, á riesgo de perder los bienes y la vida, volver á tomar en sus manos el harpón ó renunciar para siempre á la pesca de la ballena. Y yo, desde que reconocí que había urgencia en poner en armonía, en todos los puntos, los principios de la enseñanza con la marcha de la naturaleza, me encontré en la misma situación. Los derechos de la naturaleza sobre mi profesión de maestro no me parecían ya aislados; yo los veía en el encadenamiento completo de sus fuerzas y de su estado, y yo debía, si no quería naufragar allí con cuerpo y bienes como el pescador de ballenas, ó renunciar al pensamiento de obtener el menor resultado en mi profesión, ó respetar el orden indicado por la naturaleza y también seguirlo á donde él me condujese. Yo escogí la segunda alternativa; me confié todavía una vez, y todavía una vez ciegamente, á la dirección de la naturaleza, y, después de haber pasado cerca de un año, como un maestro de escuela clandestina, sin iniciativa, en empujar el modesto carretón del ABC, me lancé bruscamente en una empresa que abrazaba nada menos que tres proyectos: una casa de huérfanos, un seminario de preceptores y un pensionado, pero que exigía al mismo tiempo para el primer año un desembolso anticipado del cual yo no podía esperar, en esa época, obtener ni aun la décima parte.

La empresa ha marchado sin embargo. Ella marcha, amigo, ella debe marchar. Yo me encuentro

ser el sitio donde yace una experiencia profunda; el corazón humano y aun el corazón del gobierno, que es el corazón más duro de todos los corazones, no resiste el ver perecer sin socorros, consumida por sí misma, cualquiera aspiración grande y pura del espíritu de sacrificio, cuando sus botones se abren y se trasforman á su vista en flores.—Y mis ensayos, querido Gessner, han adelantado: ellos han llegado á producir frutos que maduran (1).

Amigo, el hombre es bueno y quiere lo bueno; solamente él quiere también al mismo tiempo su bienestar cuando hace lo bueno, y si él es malo, es porque seguramente le han cerrado el camino en el cual él quería ser bueno. ¡Cerrarle ese camino ¡ay! es una cosa horrible!—Y es un hecho tan común, y el hombre, por lo mismo, es también ¡tan rara vez bueno! A pesar de todo yo creo, de una manera absoluta y general, en el corazón humano y marchó, en esta creencia, mi camino sin fondo, como si marchase por una calzada romana bien pavimentada. Yo quería hacerte penetrar en el laberinto de reflexiones por las cuales he debido pasar para llegar á llevar la luz á mi espíritu sobre los procedimientos mecánicos de la enseñanza, y sobre su subordinación á las leyes eternas de la naturaleza física (2).

Amigo, voy á transcribirte aquí con ese fin algunos pasajes de una memoria sobre mis experiencias que, hace seis meses más ó menos, dirigí á varios amigos de mi establecimiento (3). Ellos esclarecerán bajo muchos conceptos la marcha de mis ideas.

“El hombre, decía yo en ese escrito, llega á ser

“hombre solamente por el arte de la educación, pero esa guía de nuestro sér, que nosotros mismos nos la hemos dado, debe á su vez, en toda su acción, tan lejos como ella nos conduzca, unirse fuertemente á la marcha sencilla de la naturaleza. “Cualquiera que sea su obra, por más resueltamente que nos saque de la condición y nos despoje de los derechos de nuestro sér animal, no está en estado de agregar ni un ápice á la esencia de la forma por la cual se eleva nuestra especie de las intuiciones confusas á las nociones claras. El arte no debe tampoco hacerlo. Él llena esencialmente su misión de perfeccionarnos sólo cuando nos desarrolla en esa forma y no en ninguna otra; y tan luego como trata de hacerlo en cualquiera otra, nos arroja por ese medio, en todo caso, como en una condición que no es humana, de donde él debe sacarnos por estarlo así destinado por el creador de nuestra naturaleza. El modo de ser de la naturaleza, de donde dimana la forma de desarrollo que conviene á nuestra especie, es en sí mismo inmutable y eterno, y aplicado á la educación, él es y debe ser su fundamento eterno é inmutable. También aparece el arte, al ojo del observador no superficial, en el más alto grado de su esplendor, como un grande edificio que se ha elevado, por la adición insensible y sucesiva de pequeñas partes, sobre una roca gigantesca y eternamente indestructible y que descansa inmóvil sobre esa roca tan largo tiempo como él permanece íntimamente unido á ella; pero que se desploma súbitamente, se desmenuza y se reduce á la nada de las partí-

“culas de que había sido formado, cuando el lazo
 “que lo une á la roca se rompe sólo en una longi-
 “tud de algunas líneas. Por inconmensurables que
 “sean los resultados de la educación en sí mismos
 “y en toda su extensión, es, en todo caso, pequeño é
 “imperceptible lo que el arte agrega á la evolución
 “de la naturaleza, ó más bien lo que él edifica so-
 “bre los fundamentos de ella misma. Los procedi-
 “mientos que él emplea para el desarrollo de nues-
 “tras facultades se limitan esencialmente á encerrar
 “en un círculo más estrecho y en series coordinadas
 “los objetos que la naturaleza nos presenta disemi-
 “nados, á gran distancia y en relaciones confusas;
 “él se limita á someter de más cerca esos objetos á
 “nuestros cinco sentidos, en condiciones que vienen
 “en ayuda de nuestra memoria y que habitúan á
 “nuestros sentidos mismos á representarnos diaria-
 “mente las cosas del mundo en un número mayor,
 “de una manera más precisa. También todo el po-
 “der del arte de la educación reposa sobre la confor-
 “midad de su acción y de sus efectos con los efec-
 “tos de la naturaleza física misma;—su acción to-
 “da y la de la naturaleza no es más que una sola y
 “misma cosa.

“¡Hombre! imita los procedimientos de la natu-
 “raleza. Para formar el árbol más grande, princi-
 “pia ella por hacer salir de la semilla un germen
 “imperceptible; mas, en seguida, por medio de adi-
 “ciones insensibles, renovadas cada día y á cada ho-
 “ra del día, desarrolla primero los elementos del
 “tronco, después los de las ramas principales y por
 “último los de las ramas secundarias, hasta la úl-

“tima ramilla de la cual pende el efímero follaje.
 “Observa bien este procedimiento de la gran natu-
 “raleza; ve cómo cuida y cómo protege cada una de
 “las partes que ella ha creado, y cómo encadena la
 “existencia de cada órgano nuevo á la vida antes
 “asegurada de los primeros nacidos.

“Observa cómo la brillante flor se desarrolla del
 “botón perfectamente formado; cómo ella pierde
 “muy pronto el esplendente ropaje de esa primera
 “faz de su existencia y cómo débil, pero bien for-
 “mada fruta, en todo lo que comprende su ser, agre-
 “ga cada día constantemente algo, pero algo real, á
 “lo que ella es y pasa varios meses en crecer así
 “tranquilamente, suspendida de la rama que la ali-
 “menta, hasta que, perfectamente madura y comple-
 “ta en todas sus partes, cae del árbol.

“Observa cómo la madre naturaleza, al mismo
 “tiempo que arroja los primeros vástagos aéreos, des-
 “arrolla también el germen de la raíz y sumerge
 “profundamente en el seno de la tierra la parte más
 “preciosa del árbol; cómo ella hace salir á su vez
 “el tronco inmóvil de la sustancia íntima de la raíz,
 “las ramas principales de la sustancia íntima del
 “tronco, las ramas secundarias de la sustancia ínti-
 “ma de las ramas principales, y cómo ella da á to-
 “das las partes, aun á las más delicadas y á las más
 “lejanas, un vigor suficiente, sin atribuir jamás á
 “una sola de entre ellas una fuerza inútil, supera-
 “bundante y desproporcionada.”

El mecanismo de la organización material del
 hombre está en su esencia sometido á las mismas le-
 yes que presiden al desarrollo general de las fuer-

zas en la naturaleza física. Conforme á estas leyes debe toda enseñanza grabar en la sustancia de la inteligencia humana, en caracteres profundos é indelebles, la parte más esencial de su ramo de conocimientos; en seguida, sólo gradualmente, pero sin descanso ni interrupciones, encadenar los puntos secundarios al punto principal y, hasta el último límite de su ramo, mantener cada una de las partes, teniendo presente su importancia relativa, en una unión viva con ese mismo ramo (4).

Yo trataba, pues, de descubrir las leyes á las cuales el espíritu humano, en virtud de su propia naturaleza, debe estar sometido en su desarrollo. Yo sabía que ellas debían ser las mismas de la naturaleza física y creía encontrar seguramente en ellas el hilo que me serviría para tejer la trama de un método de enseñanza general y psicológico. Hombre, me dije á mí mismo buscando ese hilo en mis sueños, tú reconoces que la madurez del fruto es el resultado de la perfección completa de todas sus partes; asimismo no creas en la madurez de los juicios de los hombres sino cuando te aparezcan como el resultado de una intuición completa, en todas sus partes, del objeto que es causa del juicio; por el contrario, cuando un juicio no te parezca maduro por una intuición previa, bien completa, considéralo como una fruta que cae al suelo picada de gusanos y que, por consecuencia, no tiene más que las apariencias de la madurez.

1º Aprende, pues, á clasificar tus intuiciones y á poseer completamente lo simple, antes de avanzar á lo que es algo complicado. Trata de

construir en cada ramo de estudios una escala gradual de conocimientos en que toda noción nueva no sea más que una adición pequeña, casi imperceptible, á las nociones anteriores grabadas profundamente en la memoria y hechas indelebles.

- 2º Encadena en tu espíritu, exactamente como ellos están en realidad encadenados en la naturaleza, todos los hechos que pertenecen á un mismo orden de ideas. Subordina en tu imaginación las cosas accesorias á las esenciales y, en particular, las impresiones que te han sido transmitidas por el arte á las impresiones dadas por la naturaleza y la realidad. Y no des nunca á las cosas una importancia mayor de la que relativamente tienen para nuestra especie en la naturaleza misma.
- 3º Da más fuerza y claridad á tus impresiones en las cuestiones importantes, aproximando artificialmente los objetos y haciéndolos obrar en tu espíritu por medio de varios sentidos á la vez. Para conseguirlo comienza ante todo por reconocer la ley del mecanismo físico, que hace siempre depender la intensidad relativa de tus impresiones de la distancia más ó menos grande que separa tus sentidos de todo objeto que los hiera. No olvides jamás que de esa proximidad ó de esa lejanía física resulta todo lo que hay de positivo en tus intuiciones, en tu educación profesional y aun en tu virtud.
- 4º Considera todos los efectos de la naturaleza física como absolutamente necesarios; y reconoce

ce en esta necesidad el resultado del arte desplegado por la naturaleza para reunir bajo su imperio los elementos que la constituyen y que parecen heterogéneos, y para hacerlos contribuir, cada uno en su medida, á la conclusión de su obra. Hace de modo que el arte de enseñar, por medio del cual obras en tus semejantes, produzca los mismos resultados que tiene por objeto obtener en el estado de las leyes naturales y necesarias, así también como, en el conjunto del método, los procedimientos en apariencia más heterogéneos concurren al resultado general.

5º Pero la riqueza y la multiplicidad de sus atractivos y de su juego son la causa de que los resultados de las leyes físicas lleven generalmente en sí el sello de la libertad y de la independencia.

Hace asimismo de modo que los resultados de la educación y de la instrucción, una vez elevados al rango de leyes naturales y necesarias, lleven también en sí, por la variedad de su juego y la diversidad de sus atractivos, ese sello de libertad y de independencia.

Todas esas leyes á las cuales está sometido el desarrollo de la naturaleza humana giran, en todas sus aplicaciones, al rededor de un punto céntrico; ellas giran al rededor del punto céntrico de todo nuestro ser, y ese punto céntrico somos nosotros mismos.

Amigo, todo lo que yo soy, todo lo que yo quiero, y todo lo que debo de ser proviene de mí. ¿No deben también mis conocimientos proceder de mí?

CARTA V.

No te he indicado rápidamente esas proposiciones aisladas de las cuales, como creo, puede hilarse la trama de un método de enseñanza general y psicológico.

Ellas no me satisfacen. Yo siento que no estoy en estado de representarme, en su esencia y en toda su sencillez y toda su generalidad, las leyes naturales sobre que reposan esas proposiciones. Según mi juicio, esas leyes reconocen en su conjunto un triple origen.

La primera de esas fuentes es la naturaleza misma de nuestro espíritu, en virtud de la cual se eleva él de las intuiciones oscuras á las nociones claras.

De esta fuente nacen los principios siguientes, que deben ser reconocidos como los fundamentos de las leyes cuya naturaleza investigo:

1º Todas las cosas que hieren mis sentidos no son para mí medios de adquirir nociones exactas, sino en cuanto que los fenómenos que ellas presentan hacen primeramente caer en mis sentidos su manera de ser inmutable é invariable más bién que sus condiciones mudables ó sus propiedades. Ellas son, al contrario, para mí fuentes de error y de ilusión cuando los fenómenos que ellas presentan hacen caer en mis sentidos sus accidentes más bién que su sustancia.

2° A cada intuición (1), profundamente impresa y hecha inolvidable en el espíritu, se encadena con gran facilidad y casi sin darnos cuenta toda una serie de intuiciones de nociones accesorias más ó menos semejantes.

3° Así como la esencia misma de un objeto hace en tu espíritu una impresión incomparablemente más fuerte que sus cualidades, el mecanismo (2) de nuestra naturaleza nos conduce espontáneamente cada día de verdad en verdad en las cuestiones relativas á ese objeto; si, al contrario, las cualidades variables han causado en tu espíritu una impresión incomparablemente más fuerte que sus caracteres esenciales, ese mecanismo (3) de tu naturaleza te hace caer diariamente de error en error en ese objeto.

4° Reuniendo juntos los objetos de la misma naturaleza, desarrollamos, precisamos y afirmamos de una manera positiva y general nuestros conocimientos sobre el estado real é íntimo de los objetos; debilitamos, en provecho de la impresión que debemos guardar de sus caracteres esenciales, la impresión exclusiva y predominante producida por las cualidades de algunos de entre ellos; impedimos el embrollo de nuestro espíritu por la influencia aislada de ciertas impresiones de cualidades; nos preservamos del peligro de confundir atolondradamente la apariencia exterior de las cosas con su esencia; de caer, por consiguiente, en un apego y predilección exagerada de una cosa cualquiera que, mediante una observación más exac-

ta, habríamos relegado á un rango secundario, y en fin, de rellenar la cabeza, de una manera fantástica, de nociones accesorias de ese género.

No puede ser de otro modo: mientras más ideas generales y comprensivas se apropia el hombre, tanto menos pueden las nociones especiales y particulares ejercer en él una impresión perjudicial para los conocimientos solos que son esenciales; al contrario, mientras menos nos hemos ejercitado en la observación de la naturaleza, más fácil es á las nociones aisladas que adquirimos sobre el estado variable de las cosas, turbar, borrar aún los conocimientos esenciales que de ellas poseemos.

5° La intuición más compleja se compone también de elementos simples que la constituyen. Desde el momento en que se les posee completamente, se hace simple lo más complicado.

6° Mientras mayor número de sentidos empleamos en la investigación de la naturaleza ó de las cualidades de un objeto, tanto más exacto es el conocimiento que adquirimos de ese objeto.

Tal me parecen los principios del mecanismo físico que se deducen de la naturaleza misma de nuestro espíritu. A esos principios se ajustan las leyes generales de ese mecanismo del cual ahora me limito á decir aquí: *conclusión* es la gran ley de la naturaleza; todo lo incluso no es verdadero.

La *segunda* fuente de esas leyes físico-mecánicas es la materialidad de nuestra naturaleza, que se confunde de una manera general con nuestra facultad de intuición.

Nuestra organización es tal que nuestra vida se pasa en oscilar continuamente entre la tendencia á conocerlo todo y á saberlo todo y entre la propensión á gozar de todo, que modera nuestra sed de saber y de conocer. Considerada en su acción puramente física, nuestra pereza natural es agujoneada por nuestra curiosidad, y nuestra curiosidad, á su vez, es refrenada por nuestra pereza. Pero el aguijón de la una, como el freno de la otra, no tiene en sí mismo más que un simple valor material; por el contrario, el primero considerado como principio material de nuestra facultad de investigación, y el segundo como principio material de sangre fría en los juicios, tienen ambos una importancia considerable. Adquirimos todo nuestro saber gracias al encanto infinito que presenta el árbol de la ciencia para nuestra naturaleza sensible, y gracias al principio de pereza, que impone límites á esa propensión móvil y superficial que nos lleva á revolotear de intuición en intuición, maduramos nosotros, en muchos conceptos, para la verdad, antes de expresarla por medio de la palabra.

Pero nuestros anfibios investigadores de la verdad no saben nada de esa madurez; ellos cacarean la verdad antes de presentirla, con mucha más razón, antes de conocerla. Es todo lo que ellos pueden hacer; no tienen, como los cuadrúpedos, la facultad de andar sobre la tierra firme, y no poseen ni las aletas de los peces para nadar en los abismos, ni las alas de las aves para elevarse hasta las nubes. Ellos, como Eva, no conocen más que la intuición involuntaria de las cosas y tienen la misma suerte: devo-

ran, antes de que esté maduro, el fruto de la verdad.

La *tercera* fuente de esas leyes físico-mecánicas proviene de las relaciones de nuestra condición exterior con nuestra facultad de conocer.

El hombre está fijo á su nido, y cuando él lo suspende de centenares de hilos y lo rodean de centenas de círculos ¿que hace más que la araña, que suspende su habitación de cientos de hilos y la rodea de centenares de círculos? Y ¿qué diferencia hay entre una araña un poco más grande y una un poco más pequeña?—En el fondo su manera de obrar es la misma: ambas se mantienen en el medio del círculo que ellas han trazado. El hombre no escoge por sí mismo el medio en que él se agita y se mueve, y todas las verdades de este mundo no le son absolutamente conocidas, desde el punto de vista de su existencia puramente física, sino en la medida en que las cosas exteriores que se presentan á su intuición se aproximan á ese medio en que él se agita y se mueve.

CARTA VI.

MIGO, tú ves al menos el trabajo que me doy para exponerte claramente la marcha de mis ideas desde el punto de vista de la teoría. Que mi trabajo sea una especie de excusa para mí, si tú te das cuenta del poco éxito de mis esfuerzos. Desde la edad de veinte años estoy completamente reñido con la fi-